

La guerra híbrida



Fernando del Pozo García
Almirante (R)

De la Academia de las Ciencias y las Artes Militares

No suele faltar en los análisis del actual panorama estratégico la mención a la guerra híbrida como un elemento nuevo que altera las relaciones de fuerza. Sin embargo, la guerra híbrida tiene de todo menos novedad, abundan los ejemplos en guerras del pasado en los que lo militar venía envuelto en acciones de propaganda y desinformación, y los objetivos civiles venían acompañando a los militares para minar la moral y capacidad de resistencia (recordemos a Publio Cornelio Escipión el Africano sembrando de sal los campos de Cartago tras su victoria en Zama sobre Aníbal) y otras lindezas que alejan la guerra del ideal enfrentamiento entre fuerzas convencionales que defienden los intereses de su estado-nación. De cómo definamos esta guerra híbrida que hoy nos preocupa dependerá la relevancia de aquellos ejemplos históricos y con ello si realmente es tan novedosa la guerra híbrida del siglo XXI, y qué nuevos desafíos trae.

Como suele ocurrir a la aparición de nuevos conceptos, las definiciones de guerra híbrida abundan, tratando de llenar el (relativo) vacío conceptual de lo nuevo. Estas definiciones vienen en dos sabores, según el Standard ISO 70, a elegir: las extensivas y las intensivas. Las primeras son las que acotan el objeto de la definición enumerando todas las partes que contiene. Obviamente este método se presta a objetos fácilmente delimitables, con pocos elementos componentes, por ejemplo: los poliedros regulares son el tetraedro, exaedro, octaedro, dodecaedro e icosaedro. La claridad es prístina, están todos y no puede haber más, es una definición perfecta.

Por el contrario, una definición intensiva atacaría el problema de definir los poliedros regulares de manera conceptual y completamente diferente: son aquellos cuyas caras son

polígonos regulares idénticos. Tampoco deja lugar a dudas, y el campo de los poliedros regulares queda también perfectamente acotado, sin necesidad de haber nombrado ni uno solo de los componentes. Además, la definición intensiva tiene la ventaja de la concisión, que lleva consigo elegancia. Admitamos que este es un aspecto subjetivo, tal vez con poco significado práctico, pero que tiene un valor intelectual propio y no despreciable.

Pues bien, sometamos las definiciones que conocemos de la guerra híbrida a un examen intensivo/extensivo. Para ello, dada su abundancia, espigaremos dos extensivas y las contraponemos a una intensiva.

Las dos extensivas (ambas extraídas de entre otras similares citadas de diversos autores en “*By other means, A report of the CSIC International Security Program*”, Jul 2019) son:

“Una forma de conflicto que persigue objetivos políticos por medio de campañas integradas; emplea principalmente herramientas no militares o no cinéticas; trata de permanecer por debajo de los umbrales críticos de escalada o líneas rojas para evitar un conflicto abierto convencional; y se mueve gradualmente hacia sus objetivos en lugar de buscar resultados concluyentes en un período de tiempo limitado”

“Una opción política deliberada para debilitar a un adversario o alcanzar otros objetivos políticos explícitos por medios diferentes de la diplomacia normal o de guerra declarada, que consiste en el uso intencionado de uno o más de las herramientas de poder (diplomática, de información, militar y económica) para afectar la composición política o el proceso de la decisión interno de un estado. Guerra política es a menudo – pero no necesariamente – llevada a cabo ocultamente, pero debe ser llevada a cabo fuera del contexto de la guerra tradicional.”

Dejando aparte el hecho de que ambas son fundamentalmente incompatibles entre sí (para empezar, “una forma de conflicto” es radicalmente diferente de “una opción política”) comparémoslas con la siguiente, propuesta en “*Understanding Hybrid Warfare*” Mando de Transformación de la OTAN, *Multinational Capability Development Campaign*, Enero 2017:

“El uso sincronizado de múltiples instrumentos de poder adaptados a vulnerabilidades específicas en todo el espectro de funciones sociales para alcanzar efectos sinérgicos.”

A pesar de su incuestionable atractivo, como todo lo minimalista, los autores de esta definición modestamente la titulan *descripción*, sin duda por falta de fe en su rigor. Eso sí, en otro lugar del documento donde aparece, dicen: “El consenso internacional sobre la Guerra Híbrida es claro: nadie lo entiende, pero todo el mundo, incluida la OTAN y la UE, está de acuerdo en que es un problema”. Dicho sea esto como advertencia para el estudioso y como certificado de la disparidad de las dos primeras definiciones.

Pero las virtudes de la última definición van más allá de la elegancia: en primer lugar, establece que la guerra híbrida no es ni una forma de conflicto ni una opción política, es una acción, lo que rebaja a la guerra híbrida a un nivel menos etéreo. Es una herramienta, ni más ni menos trascendente que una operación militar tradicional, eso sí, más sutil y preferiblemente oculta. En segundo lugar, tiene como objetivo las funciones sociales, no un enemigo militar. Finalmente, brilla en ella la referencia a la *sinergia*, olvidada por los otros autores. En mi opinión este es un factor crucial en una situación en que, y en esto sí están todos de acuerdo, los elementos en juego son múltiples y variados. Sin la mutua sinergia no pasarían de ser acciones independientes, ninguna de las cuales podría por sí misma alcanzar el objetivo buscado.

Más aún, al elevar la *sinergia* al nivel de lo esencial, nos aleja de lo que hoy se considera el paradigma de la guerra híbrida moderna, los famosos “hombrecillos verdes” de la subrepticia ocupación rusa (pero no formal) del Donbass, y Crimea (ésta formal y concluyente) y sembrando inestabilidad en toda Ucrania, ya que no hubo sinergias. Fue solo un medio de acción, todo lo ruin que se quiera y ajeno a los usos y ética militares, pero en nada diferente, por ejemplo, al que empleó Hitler en los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial cuando invadió Polonia bajo la excusa del incidente de Gleiwitz, en el que tropas alemanas con uniformes polacos simulaban un ataque a la estación radio alemana de aquel nombre y presentaron posteriormente como prueba los cadáveres de prisioneros de Dachau asesinados y revestidos a tal fin. *Nihil novum sub sole*, como había certificado el Eclesiastés mucho tiempo antes.

Y es que la genuina guerra híbrida requiere varios medios de acción, no necesariamente militares, incluso preferentemente no militares, ejerciendo su influencia de manera coordinada y sinérgica. Así, por ejemplo, la ocurrencia simultánea o casi simultánea de:

- Un fallo catastrófico en los programas informáticos que regulan el movimiento de contenedores en el puerto de Algeciras;
- Un incendio en una carga de fertilizantes en un barco atracado en Rotterdam, que paraliza la actividad de una parte del área portuaria,
- Una caída general de suministro eléctrico en Marsella,
- Sabotajes por individuos no identificados en Amberes,
- Una colisión de buques a la entrada del Gioia Tauro que requiere cerrar el puerto.

(Obsérvese que no hay ninguna acción militar entre estos sucesos, pero sí está representada una gran parte del “espectro de funciones sociales”).

¿Son la coincidencia casual de la acción de unos *hackers* tratado de introducir contenedores con droga en España, con una huelga violenta de estibadores apoyada por separatistas flamencos, y con uno o dos accidentes fortuitos? ¿O por el contrario forman parte de un plan diseñado para desestabilizar el transporte marítimo de Europa en preparación de acciones más directas? ¿Es el azar, es preparación para la guerra, es un acto de guerra?

Sólo un análisis detallado de la situación política del momento y cuidadosas investigaciones de cada uno de los incidentes, pero coordinadas – lo que lleva tiempo, factor vital cuando

hay que tomar decisiones rápidas - podrán inclinar la balanza de las probabilidades en uno u otro sentido, pero difícilmente dilucidarlo con certeza. La sinergia entre todas ellas es innegable – deliberadamente he buscado ejemplos que implican al sector del transporte marítimo, el fluido vital de Europa – por lo que todos colaboran a un mismo fin y se refuerzan mutuamente. Igualmente podría buscar ejemplos que afectaran a un sector quizá más difícil de identificar, como las elecciones legislativas en un país afectadas por ataques cibernéticos o noticias falsas, y simultáneamente la negociación de la venta de armamento de ese país a un beligerante en otro lugar del globo. La imaginación para diseñar estos escenarios es crucial, y la identificación del objetivo potencialmente difícil.

Esto es la guerra híbrida. Es gris, nebulosa, es el ejemplo perfecto del famoso *dictum* de Clausewitz respecto a la niebla y la fricción como componentes intrínsecos de la guerra.

La pregunta que surge de todo esto es, pues, no cómo combatir militarmente un ataque híbrido, lo que tal vez no será ni siquiera una opción, sino cómo identificar su existencia y sus factores por parte de las autoridades políticas. El asesoramiento militar, y ciertamente la acción militar resultante si es viable, son indispensables, pero es menester poner la guerra híbrida en su adecuado contexto: el político.